



- Abuelo, entonces ¿no me vas a llevar contigo hoy tampoco?
- ...anda Lucía, pero qué cosas le preguntas al abuelo.....con lo bien que estás aquí con nosotras...

Una vez más, no sé con que cara mirarla. Sé que me está buscando, que de reojo espera que me acerque y le diga que sí, que por fin es el día que se viene conmigo, que puede despedirse de todas las monjas que llevan cuidándola desde hace ya no sé cuanto tiempo, que recoja sus muñecas y les de un beso a todas sus amigas, que se sienta la niña más feliz del mundo porque hoy, sí, hoy sí se viene conmigo.

Pero sólo puedo quedarme inmóvil y mirar esa pared, intentando creer que la luz que entra por esa ventana minúscula va a diluir el momento...Intento pensar en cómo decírselo esta vez. Me siento humillado, la fallo, y ella no lo entiende.

Necesito apretar el gorro con rabia. Respiro tan fuerte que hasta la monja se ha girado para mirarme. Clavo el bastón en el suelo, como si así consiguiera estar erguido un minuto más, venciendo la vergüenza que arrastro.

Tal vez es mala idea venir a visitarla cada quince días. Alargo la angustia. Las monjas me dicen que no, que siempre me espera con ilusión, que al cabo de un rato se ha olvidado y sigue con su espíritu travieso, que se divierte....Pero yo tengo la sensación que la apago. Que cada despedida supone un poquito más de dolor. Que se acumula. Y quizás dentro de unos años, cuando sus ojos sólo miren de forma lánguida, no me lo podrá perdonar.

- Abuelo, ¿quieres un poco? La madre Luisa me dice que ya es hora de merendar, ¿te gusta este quesito?
- Cariño pues claro....acércame un trozo pequeño....

Su voz ha hecho eco. El techo de la fría habitación se eleva que es casi imposible distinguir el final, las paredes son tan sobrias y robustas que las palabras chocan contra ellas, como si fueran sonidos que se estampan contra tambores. Y me resuena muy dentro, cualquiera de sus palabras permanece en mi hasta la siguiente vez que vuelvo. Acumulo.

Lucía mueves sus rizos rubios. Quien conoció a su madre sabe que es igual que ella. Pero Ana creció protegida por una familia. Y Lucía sólo puede tener mi cariño a plazos, y conocer el exterior sabiendo que sólo es eso, exterior. Sin acabar de formar parte de él.

- Sr. Pejenaute, ¿está usted bien?. Acérquese y beba un poco de limonada. Está muy callado, explíqueme a Lucía uno de esos cuentos tan bonitos. Podemos salir al patio, hace un buen día, y aquí dentro la humedad consigue hacernos sentir frío.

Lucía asiente y me coge de la mano llevándome hacia la puerta. Da saltos moviendo los volantes de su vestido. Sabe que nos sentaremos en el banco, que le contaré un cuento bonito, quizás anécdotas de la abuela, de sus padres. Preguntará con curiosidad, cada vez con más detalle. Sabe que daremos un paseo y nos cruzaremos con sus amiguitas....y que luego, una vez más, tendrá que decirme adiós, y su mundo entonces seguirá siendo el mismo jardín, los cientos de habitaciones iguales, las monjas con los mismos hábitos, y los mismos horarios cada día para todo. Y como mucho, cada quince días, historietas del abuelo, que le hagan saber que existe otro mundo fuera, al que ella también pertenece, aunque sea sólo acumulando recuerdos.

- Lucía cariño, sabes que hoy tampoco podrá ser, ¿verdad? Pero sabes que te quiero mucho, ¿sí? Que yo quiero tanto como tu que ...

Lucía sale corriendo detrás de un lagartija que ha aparecido detrás de una roca....”Lucía guapa....anda ven....Lucía, que ya sabes”....”abuelito mira, mira...hay otra....” Sin parar de moverse hacia un lado y hacia otro....me acerca una flor, luego una piedra de un gris metálico, vuelve a correr.

Respiro de nuevo fuerte.

“Abuelo, que te perdonen, que yo me quiero ir contigo. Diles que ya no lo harás más”

Oímos la campana de la hermana Luisa. La una y veinte.

Lucía me mira inquieta. Le acaricio su pelo, pero se revuelve. Me da un beso y alarga una mueca sonriente. Coge la piedra y corre a la fila. En diez minutos se oirán los murmullos de las niñas bendiciendo la comida. Una mañana más. Acumulan.